

## En la deportación y en la galería de la muerte

**Ángel Requena Fraile**

**P**OCAS VECES podremos encontrar huellas matemáticas en situaciones de tan extremo dramatismo como las expuestas por Arthur Koestler en su *Autobiografía*<sup>1</sup> y Victor Serge en la novela de su experiencia personal *Medianoche en el siglo*<sup>2</sup>. En el primer caso nos encontraremos en la antesala de la muerte, en una prisión de la Sevilla franquista. En el segundo conviviremos con los deportados de Stalin en las repúblicas asiáticas.

A. Koestler y V. Serge son dos grandes testigos de la grandeza y miserias del siglo que termina. Arrastrados por el temporal revolucionario no se conformaron con ser espectadores de su época, fueron parte activa en la transformación de un mundo.

### **Koestler**

El húngaro Koestler abrazó con entusiasmo la militancia comunista para combatir el nazismo; su desengaño posterior le lleva en los primeros cuarenta a publicar uno de los mejores alegatos contra el estalinismo. A. Koestler, nacido en 1905 en Budapest es conocido en España como divulgador científico por su historia de la revolución astronómica de los siglos XVI y XVII (*Los sonámbulos* ha sido editada tanto íntegra como parcialmente). El texto que vamos a exponer pertenece al último volumen de su *Autobiografía: La escritura invisible*.

### **Consuelo matemático en una cárcel de Sevilla**

A. Koestler como periodista asiste a la toma de Málaga por las tropas franquistas. La ciudad cae el 8 de febrero de 1937 y es detenido el día siguiente. Trasladado a Sevilla el

La matemática no es una disciplina autónoma: está vinculada a las vivencias de los hombres, a sus pasiones y a sus reflexiones. La literatura nos ofrece una forma estimulante y rica de acercarnos a una materia descrita como de «fría belleza» para quitarle el primer calificativo y dejarla en todo su esplendor.

Es posible y sugerente dibujar con pinceladas o brochazos, cómo se ven las matemáticas y los matemáticos desde la literatura, en especial desde la novela y la poesía, en ejemplos concretos unidos por algún elemento común.

Como muestra va este artículo. Quizá las situaciones son un poco extremas, pero sí muy descriptivas de hasta dónde pueden llegar las emociones que nos depara la matemática en la literatura.

13 de febrero se dictó sentencia de muerte contra él. Tras noventa y cinco días en prisión es canjeado por un rehén del gobierno republicano. Leemos el escalofriante y casi místico documento:

Cuando frente a la pared de aquella calle de Málaga, igualmente inerte e indefenso, volví la cabeza obedeciendo las órdenes del fotógrafo, reviví aquel trauma. Esto, junto con los otros acontecimientos del mismo día y de los tres días siguientes, en los que presencié ejecuciones en masa, por lo visto determino en mí un alojamiento y un desplazamiento de las capas más profundas de mi psique, un ablandamiento de las resistencias y un reordenamiento de las estructuras que en forma transitoria quedaron abiertas a ese nuevo tipo de experiencias que estaba sufriendo.

Lo experimenté por primera vez un día o dos después de mi traslado a la cárcel de Sevilla. Me hallaba de pie junto a la ventana de la celda número 40 y con un trozo de alambre que había sacado de mi colchón elástico garabateaba fórmulas matemáticas en la pared. La matemática, y particularmente la geometría analítica, había sido la afición favorita de mi juventud, que luego hube de descuidar por muchos años. Trataba de recordar cómo se deducía la fórmula de la hipérbola y encontraba dificultades, luego probé con la fórmula de la elipse y de la parábola y, con gran alegría, logré deducirla. Después intenté recordar la prueba de Euclides de que el número de los números primos es infinito.

Números primos son aquellos, como 3, 17, etc., que no son divisibles más que por sí mismos y por la unidad. Uno bien podía imaginar que, conforme avanzamos por la escala numérica, los números primos serían cada vez más raros, en virtud de hallarse cada vez más productos de cantidades menores, y que por último se llegaría a un número, muy elevado, que sería el número primo máximo, el último numéricamente virgen. La prueba de Euclides demuestra sencilla y elegantemente que no es así y que, por más astronómicamente elevada que sea la cifra a la que se llegue, siempre encontraremos números que no son el producto de otros más pequeños, sino que se deben por así decirlo, a una concepción inmaculada. Desde que en la escuela conocí la demostración de Euclides, ésta siempre me llenó de profunda satisfacción, más de orden estético que intelectual. Pues bien, mientras trataba de recordar la demostración y garabateaba los símbolos en la pared, me sentí invadido por el mismo hechizo.

Y entonces, por vez primera, comprendí de pronto el motivo de ese hechizo: los símbolos que escribía sobre la pared representaban uno de los raros casos en que se realiza una declaración significativa y comprensiva acerca de lo infinito por medios precisos y finitos. Lo infinito es una masa mística envuelta en una niebla, y sin embargo me era posible saber algo de lo infinito, sin perderme en ambigüedades engañosas. El significado de esto me inundó como una ola. Esa ola se había originado en una percepción interior verbal articulada que se había, empero, evaporado al punto, dejando en su onda sólo una esencia sin palabras, una fragancia de eternidad, un temblor de la flecha en el azul. Debo de haber permanecido allí algunos minutos, como transportado en un raptó y teniendo conciencia, aunque sin expresarlo con palabras, de que «esto es perfecto..., perfecto» hasta que me di cuenta de que por detrás de todo aquello estaba experimentando una ligera sensación de incomodidad mental, sí, había allí alguna circunstancia trivial que echaba a perder la perfección del momento. Luego caí en la cuenta de la naturaleza de aquella sensación de fastidio: por supuesto, me hallaba en la cárcel y tal vez a punto de ser fusilado. Pero inmediatamente replicó a esto un sentimiento cuya versión verbal sería: «¿Sí?, ¿y qué?, ¿eso es todo?» Réplica tan espontánea, fresca y divertida, como si aquel

*Victor Serge  
nace por azar  
en Bruselas  
en 1890.  
Si a los doce años  
se le hubiera  
preguntado  
«¿Qué es la vida?»  
habría  
contestado:  
«pensarás,  
lucharás,  
tendrás hambre».*

- 1 KOESTLER, A. *Autobiografía*. Alianza/Emecé, Madrid 1974.
- 2 SERGE, V. *Medianoche en el siglo*, Hiperión, Madrid 1976.
- 3 *Op. Cit.* pp. 69-71.
- 4 Poco después Koestler publicaría su ajuste de cuentas con el estalinismo con un título similar, *Oscuridad en la noche*.

intruso sentimiento de fastidio no supusiera más que la pérdida del botón de la camisa. Luego floté de espaldas en un río de paz, bajo puentes de silencio. Aquel río no venía de ninguna parte ni fluía a ninguna parte; por último ya no hubo río y ya no hubo tampoco yo. El yo habla dejado de existir.<sup>3</sup>

## Serge

Victor Serge nace por azar en Bruselas en 1890. Si a los doce años se le hubiera preguntado «¿Qué es la vida?» habría contestado: «pensarás, lucharás, tendrás hambre». Serge fue muy leído durante la transición política por su obra: *El año I de la revolución rusa*. Como pensador independiente se alineó con el troskismo, sufrió prisión y persecución. La presión de los intelectuales franceses de izquierda logra sacarle de la deportación antes de 1936, año en el que se intensificaría la represión en la URSS. Su experiencia de deportado le sirve como material para la estremecedora ficción de *Medianoche en el siglo*<sup>4</sup>. Las referencias a las matemáticas aparecen en distintos lugares, hemos entresacado las dos más significativas.

## Cuadernos con errata

El hambre azotaba la Unión Soviética. Pero no sólo no llegaba el alimento a las repúblicas asiáticas, tampoco el material escolar. Por fin llegan cuadernos. La situación es tragicómica: los cuadernos tienen en portada al ministro que había caído en desgracia por desviacionista de derechas. Y no es el único problema: existe un error en la tabla de multiplicar. Veámoslo:

—Uf, ya estaba esperando encontrarme un Bujarin en la página cuatro...

Su mirada divertida se detuvo en la tabla de Pitágoras, precisamente en el lugar en el que flameaban discretamente los siguientes guarismos:  $7 \times 7 = 94$ . «Vea, vea, camarada Driabkin...» El otro, de primeras, no entendía por no saber a ciencia cierta cuántas eran siete por siete. Calculó pausadamente: tres por siete veintiuno, dos por veintiuno cuarenta y dos y siete cuarenta y nueve... ¿94? Mijail Ivanóvich dijo en tono sarcástico:

—Típico sabotaje.

«Pero si con nosotros esto no tiene nada que ver. La papelería nos envía sus cuadernos de hace cuatro años... En cuanto a este sabotaje en la enseñanza de las matemáticas, camarada Driabkin, paso inmediatamente a redactar un parte al que espero tenga usted la amabilidad de dar curso. Somos nosotros los que pasamos a la ofensiva ¿entiende?»<sup>5</sup>

El pasaje tiene la curiosidad de la estrategia de cálculo de  $7 \times 7 (= 7 \times 3 \times 2 + 7)$

### La ecuación del obrero

El álgebra tiene muchos usos. He aquí el realizado por el protagonista de la novela en una reunión del partido y que será la causa de su deportación:

5 *Op. Cit.* pp. 143.

6 *Op. Cit.* pp. 67.

...«He aquí, camaradas, la ecuación de la vida de un obrero de nuestra fábrica: llamo  $h$  al tiempo de trabajo,  $s$  al salario,  $a$  al alquiler y afirmo que...». Primero se le escuchó con indulgencia y luego con clara irritación, pero su pensamiento perforaba el letargo del auditorio, su voz se henchía de pronto, las  $x$  se convertían en pesos de pan y en pesos de carne, en rublos y en kopecks y empezó a distinguirse en la tribuna, decorada con colgaduras de percalina roja, a un muchacho obstinado que balanceándose sobre sus piernas mantenía la cabeza hundida entre los hombros, a un individuo que, ante el busto negro y raquítico de Lenin, demostraba con álgebra, con Marx, con Lenin, con la Pravda de hacía dos días, con los mismísimos seis puntos enunciados por el camarada Stalin, que «el obrero de nuestra fábrica tiene hambre, queridos camaradas, y éste es el problema de los demás problemas —éste es el que toca al propio significado de la vida—. Hegel ha dicho...»<sup>6</sup>.

En los tres ejemplos se ha puesto de manifiesto cómo la matemática puede aparecer inesperadamente con dramatismo o humor, como ayuda en la defensa de las ideas o como sorprendente consuelo.

Ángel Requena

